

EL RELATO DE VIDA COMO TESTIMONIO: UN EJEMPLO CHILENO DE MEMORIA HISTÓRICA¹

María Clara Medina

*Hagamos un recorrió
del pasado a nuestra historia.
Aquellos tiempos ya pasaron
compañeros digo ahora*

Juan Bruna, *Recordando el pasado*, estrofa 1
(Foresti 1994:45)

El relato de vida y las mediaciones de la oralidad: los puntos de partida

El punto de partida de estas reflexiones es la creciente fascinación de algunos historiadores por el recurso a fuentes orales, una problemática común que pone en relación la práctica histórica con la antropológica. Seducidos por el desarrollo de los métodos cualitativos alcanzado por nuestros colegas los antropólogos, los historiadores nos hemos apropiado, en la mayoría de los casos, sólo de las condiciones técnicas pero no de los debates teórico-metodológicos que su opción conlleva. Es decir, incorporamos la técnica (entrevista, historias de vida, etc.) pero sin una profundización adecuada de las cuestiones metodológicas que esta novedad implica.

¹ Una versión preliminar de este artículo bajo el título “Un recorrido del pasado a nuestra historia: el relato de vida como documento histórico. Un ejemplo”, se ha publicado en *Los relatos de vida en la investigación social*, M. Barbieri (ed), Córdoba (Argentina): Ed. de la Fundación de la Universidad de Río Cuarto, 2000. Pp. 23-35. Al igual que dicho texto, el presente forma parte de la investigación para mi tesis doctoral, actualmente en preparación. Parte de los postulados teóricos y metodológicos pertenecen a los avances del Programa “Las Letras Chilenas 1810-1879”, y fueron elaborados y discutidos junto a los colegas participantes en el mismo. Agradezco en especial al Dr. Carlos Foresti por compartir generosamente conmigo su vasto conocimiento del tema y su experiencia personal.

La consulta a fuentes no convencionales ha abierto el campo historiográfico a nuevas preocupaciones epistemológicas, en algunos casos en pleno debate, en otros, aún sin debatir. Algunas recientes producciones incorporan, por ejemplo, entrevistas a su lista de fuentes utilizadas, pero desperdician gran parte de su potencial informativo al aplicarles sólo las convencionales técnicas de análisis textual, ignorando otras herramientas analíticas que enriquecerían la perspectiva. No existe, es cierto, una normativa formal explícita para la crítica de las fuentes orales. Sin embargo, en los últimos tiempos hemos visto consolidarse ciertas prácticas que apuntan a crear -si no una normativa- al menos un canon de identificación y presentación de los documentos orales en su versión escrita.

La necesidad actual de definir los sujetos sociales de la Historia Oral Latinoamericana oculta una profunda discusión teórica, aún latente en el debate histórico. Sin embargo, la multiplicidad de temáticas elegidas por los historiadores orales demostraría, paradójicamente, la elección de un campo -lo popular- como problemática común. Así, la calificación del sujeto (objeto) de la historia oral como "social" permitiría la conjugación de los interrogantes acerca de los conceptos de individuo, identidad y representatividad.²

La pregunta inicial en esta oportunidad está directamente relacionada a las condiciones de creación del documento oral y a su posterior (re)utilización por parte de los historiadores. La práctica profesional nos impone la búsqueda y conformación de un corpus de fuentes y documentos específicos. Al trabajar con documentos convencionales -una colección epistolar, por ejemplo- el documento está *dado*, es decir, el historiador que recurre a él no ha participado en el proceso de escritura de esas cartas. El documento oral, por el contrario, debe ser *creado*, es decir, es una construcción deliberada del investigador. Pero ¿es posible para los historiadores recurrir a fuentes orales de segunda mano (es decir, *creadas* por otros) o es indispensable el acceso de primera mano (es decir, la *creación* del corpus propio)?

² Ver estos temas desarrollados en profundidad en Medina 1993-1994.

Existe la creencia generalizada -e institucionalizada por la práctica profesional cotidiana- de que cada historiador oral debe formar su corpus de trabajo con documentos de "primera mano". Mediante la presentación de un ejemplo que ilustra esta problemática (el relato de vida de un campesino chileno, Juan Bruna)³, el objetivo de esta contribución es reflexionar a partir de la pregunta sobre la posibilidad metodológica de analizar un relato oral transcrito por terceros. Es decir, cuestionar y debatir al relato de vida como documento con carácter social que se halla disponible y abierto a cualquier consulta externa.

Esto supone la aceptación de diferentes premisas: implica aceptar el carácter "artificial" (deliberado) de las fuentes orales (Meyer 1998:134); que los corpus orales "individuales" pueden tener lectores sociales diferentes; que las fuentes orales deben contener en sí elementos identificatorios propios, que no son imprescindibles en las fuentes convencionales; y que, al ser un producto deliberado, el documento oral está inevitablemente orientado temáticamente.

Las mediaciones de lo autobiográfico y sus consecuencias para la Historia

El documento oral nace en el momento de la intención interrogativa del encuestador y "se hace" cuando se registra en un soporte material audiofónico. Es decir, "(...) la evidencia no existe hasta que no se graba" (Gil Villa 1998:118). La primera mediación entre un documento oral y su receptor es el proceso de grabación, es decir, el cambio de registro oral al magnético. La segunda mediación ocurre con la transcripción del documento oral, el cambio de registro magnético al escrito. La tercera mediación se transparenta en la publicación del documento oral, en una versión aún fiel pero más "limpia" que el original magnético (Gil Villa 1998), a la que yo denomino consolidación del relato oral. Finalmente, una cuarta mediación, a mi juicio, es la que se produce en el acto de recepción, por parte del lector, del documento oral publicado y las interpretaciones que éste ejecuta al filtrar el documento a través de

³ A partir de aquí, todas las menciones del relato de vida de Juan Bruna estarán referidas a la edición realizada por Carlos Foresti (1994).

su enciclopedia vital personal (ver nota 10).

El documento oral nunca nos llega como tal, a menos que nosotros participemos en el proceso de su producción (entrevista) pero aún en las primeras etapas de consulta recurrimos siempre a su versión escritural (transcripción). Es decir, los historiadores, aún cuando trabajemos con documentos orales, siempre recurriremos a la versión escrita de los mismos para su análisis. Entonces ¿cuál sería el impedimento metodológico para recurrir a corpus orales de segunda mano, si de cualquier manera sólo accedemos a ellos en su versión escrita?⁴

Un relato de vida es, para la disciplina histórica, ante todo un relato autobiográfico que pone en juego una situación social, en tanto involucra, al menos, dos personas y establece una relación entre sujetos cognoscentes (Ferrarotti [1986]1990:110), relación que puede definirse en términos de pacto o de contrato entre emisor y receptor y que se define siempre a través de los circuitos y modalidades de articulación del poder de cada sujeto (como elemento ideológico e ideologizante) en cada relato personal.

La conciencia de narrar la propia historia produce un texto que también *es* historia, historia personal, historia interiorizada. La autobiografía escrita empieza y termina en la figura del autor (y no sólo materialmente). La autobiografía oral empieza, en cambio, en la curiosidad del entrevistador. Pero en tanto ambas son accesibles a través de la escritura, el contrato de lectura en ambas también contiene un efecto contractual, históricamente variable que se verifica en cada lectura o proceso de recepción del texto. La historia irrumpe en la narración autobiográfica y ambos, el autor y el lector, se asoman a los hechos a través del mismo -dinámico- diálogo con el texto. Por lo tanto, la autobiografía como texto posee un alto valor documental para el trabajo histórico, no sólo por lo que se refiere en ella sino también por los

⁴ Otra vez desde el campo de los estudios antropológicos surgen ejemplos de esta práctica. Marita Eastmond, por ejemplo, trabaja con documentos orales que han sido, a su vez, creados por otras investigadoras (1996:249). Eastmond analiza dos historias de vida desde un punto de vista comparativo, es decir, aplica criterios de selección, análisis y crítica a ambos documentos sin inconvenientes metodológicos y con interesantes resultados.

modos en que se ejecuta esta referencia a partir del emisor. El postulado básico de la narración autobiográfica es que el sujeto, más allá de representar en sí toda la condición humana, en su propia heterogeneidad textual, se representa a sí mismo y a su memoria (May 1979:110; Ferrarotti [1986]1990:108; Glusberg 1995:94. Ver este tema con más detalle en Medina 1997).

La elección de la narración autobiográfica como técnica documental marca una intencionalidad explícita de buscar lo personal, de tomar contacto con otras subjetividades y de enhebrar en un género intersticial (como lo llama Borinsky 1995:216), las imágenes alternativas de un “Yo” que se percibe -y se relata- a sí mismo como múltiple. E. Bruner (1986) sostiene que es posible distinguir una *vida vivida* (los eventos cronológicos que hacen la vida de una persona); una *vida experimentada* (según el modo en que dicha persona percibe, interpreta, recuerda y carga de significado a esos eventos); *una vida contada* (nuestro acceso a esos eventos está absolutamente mediatizado por los recuerdos, silencios y fantasías de esa persona).⁵ Para Eastmond, sin embargo, un cuarto nivel es la representación e interpretación textual del relato de vida propiamente dicho (1996:235), la mirada analítica sobre el relato de vida (lo que antes he denominado proceso de recepción del relato autobiográfico).

¿Qué pasó con la objetividad?

El documento oral es, reitero, ante todo autobiográfico, y como tal contiene elementos de ficcionalización. El documento oral no es la persona en sí, sino una versión de su Yo construido subjetivamente en el presente a partir de la demanda del entrevistador (Eastmond 1996:235 y ss.). Y al saber que lo real imaginado no es siempre “real”, tomamos conciencia de que nunca obtendremos en realidad el relato de “lo que pasó” sino una perspectiva de cómo el relator se ha apropiado en su propia memoria del recuerdo de lo que pasó y, además, de las otras

⁵ Estas distinciones son evidentes sólo para el interrogador. La aceptación del sentimiento de diversidad, de la multiplicidad, de la heterogeneidad contenida en un sujeto es un punto de partida valioso para el análisis metatextual de un documento oral, pero el entrevistado raramente percibe aquellos niveles o esta complejidad durante el proceso de elaboración de su relato. Ver Medina 1999.

memorias que conforman su conocimiento del hecho (ver Medina 1999).

Para algunas corrientes epistemológicas, narratividad y objetividad son características del pensamiento histórico que parecieran excluirse mutuamente. Aquel viejo postulado epistemológico que desde tiempos de Ranke ha marcado el desarrollo de la ciencia histórica ("mostrar la historia *tal como fue*") pierde vigencia y se reformula a partir de nuevas percepciones del pasado ("mostrar la historia como la gente *dice* que fue") (ver Rüsen 1998:313 y ss. Las cursivas son mías):

Una operación mental que transforma la información de las fuentes en una secuencia narrativa con sentido y significado, [es decir] en una narrativa histórica, puede ser identificada como una operación de narrar (...) ¿Quién podría sorprenderse si ahora los principios constitutivos de la creación de sentido histórico pasan a ser identificados como lingüísticos y estéticos? (Rüsen 1998:327. La traducción me pertenece).⁶

Según los cánones historiográficos tradicionales, la explicitación de la vivencia personal excluye la posibilidad de objetividad histórica. Los postulados de las disciplinas humanísticas decimonónicas exigían protagonistas transparentes, es decir, actores sociales anónimos que se diluyeran en el *fluir* del relato científico (Smolensky 1995). En los estudios antropológicos el anonimato de las fuentes orales era un pre-requisito indispensable para cumplir con la convención de objetividad científica; aún en algunos tratados etnográficos los nombres de los informantes son ignorados y es común observar que en los epígrafes de retratos y fotografías son excepcionales las menciones a nombres propios o datos personales de los individuos retratados.

Para los historiadores, este pre-requisito de "neutralidad" estaba garantizado, en parte, por la "impersonalidad" de los documentos escritos y, en parte, por la distancia temporal entre el investigador y el

⁶ Original en portugués: "A operação mental que transforma a informação das fontes em uma seqüência narrativa com sentido e significado, em uma narrativa histórica, pode ser identificada como uma operação do narrar /.../ Quem poderia ficar surpreso se agora os princípios constitutivos da criação do sentido histórico passam a ser identificados como lingüísticos e estéticos?"

período en estudio.⁷ Pero con la incorporación de documentos orales al corpus de consulta histórico, esta "distancia" entre sujeto que mira y "objeto" que es mirado no sólo se reduce considerablemente, sino que, a veces, hasta desaparece: con la historia oral, los actores sociales son personas con nombre y memoria propios, la experiencia se vuelve memoria y el narrador recupera su visibilidad. Esta "cercanía" ha sido experimentada por algunos en términos de amenaza a la rigurosidad del trabajo histórico, quizás porque la práctica histórica no contaba con herramientas analíticas propias para relevar los nuevos elementos que aportaban los relatos orales, sobre todo aquellos en juego durante la construcción de los mismos relatos, tales como la imaginación, el simbolismo, el deseo (Portelli 1981) e incluso, los silencios y lo nunca dicho (Passerini [1982]1991).⁸

Asumir el rol destacado de la intersubjetividad en la construcción social del discurso científico desintegra las pretensiones de objetividad y de representatividad social que generalmente le son exigidas a los métodos cualitativos (Smolensky 1995:61). Después de todo, la objetividad nunca fue más que una pretensión, una ambición de ciertos historiadores, y, por cierto, una limitación a su práctica profesional (Rüsen 1998:329).

La situación de entrevista pone en juego dos subjetividades, por lo tanto, la pretensión de objetividad en la construcción de un relato de vida deviene en la interacción de subjetividades (intersubjetividad) (Medina 1993-1994:131-134; Rüsen 1998:330). Por eso es que el triunfo del relato en forma autobiográfica supera los límites de una renovación

⁷ Como apunta Rüsen, esta ambición excesiva de distancia objetiva neutraliza de tal manera ciertas representaciones del pasado que pareciera que para algunos historiadores sólo es posible encarar el conocimiento histórico como si tuviese un carácter necrológico. Esta neutralidad, además de inexistente, es una pretensión cercana al absurdo (1998:335).

⁸ Este sentimiento de amenaza no es sólo propio de historiadores: algunos críticos como M. Randall, por ejemplo, ponen en duda el carácter de narración histórica de la literatura "testimonial" en tanto la intervención del transcriptor facilitaría más la ficcionalización de los hechos narrados en los textos orales que en los escritos, ignorando así que todo texto es una sucesión de mediaciones y que el texto completamente "puro" o inocente –sin mediaciones– no existe (Randall 1992. Para la crítica a esta postura ver Medina 1994).

metodológica: al incorporarse a la práctica histórica como documento también se renuevan los criterios filosófico-disciplinarios gracias a la:

(...) desintegración y la infección que sus restos producen en otras formas de discursos; y principalmente [a] la infección que produce en la epistemología de los últimos tres siglos, que se ocupó de higienizar el conocer eliminando de él lo personal (Mignolo 1995:185).

Las emociones, la imaginación, la voluntad, las represiones, etc. son elementos primarios necesarios para la construcción del sentido histórico en los documentos orales, no sólo como variables de estudio sino también explicitados en la propia escritura (Rüsen 1998:335). Gracias a la incorporación de las fuentes orales al trabajo histórico, no sólo se rescata a los actores sociales de un imposible anonimato: también se pone de relieve la figura del historiador como autor, denunciando las trampas de su aparente inocencia como mediador ilustrado entre los documentos y su público.⁹

El relato de vida como documento histórico: Juan Bruna en la historia latinoamericana

Desde el punto de vista histórico, la producción de un documento (auto)biográfico traduce en vivencias personales los hechos históricos contemporáneos a la vida del hablante. Y así como en un documento escrito pueden rastrearse las influencias y herencias literarias previas de su autor, en un testimonio pueden encontrarse fácilmente también las evidencias del contexto o circunstancias sociales de su producción. El relato de vida puede, entonces, caracterizarse como la actualización de las experiencias personales a través de un proceso de *apropiación* de lo social, de *mediatización* de las experiencias en la subjetividad individual y de *selección* de experiencias para reconstruir una identidad ante la cual se enuncia como Yo, es decir, como sujeto (Medina 1994 y 1999).

⁹ Es mi intención estudiar en trabajos posteriores los elementos de ficcionalización que el proceso de escritura de la historia inevitablemente involucra para sus protagonistas, sobre todo a partir de la relación entre los textos históricos y su público lector, y las mutuas expectativas sociales que sus respectivos roles generan en el marco de las políticas culturales nacionales.

Indudablemente, la narración en primera persona del testigo/participante de los hechos narrados tiene una unidad narrativa y dramática que la enriquece desde el punto de vista histórico ya que expresa la descripción vital y cotidiana de sus experiencias (Beverley 1987). Pero si asumimos que cualquier entrevista es un proceso intersubjetivo, podemos entenderla también como una situación de violencia simbólica sobre el sujeto que narra:

(...) los métodos biográficos permiten[n] que afloren temáticas centralizadas en el mundo particular de los sujetos. La posibilidad de contar y reflexionar sobre las propias experiencias sitúa al narrador y a su interlocutor frente a la intimidad no expresada, ante la privacidad de lo cotidiano escasamente compartida. El investigador se ve incluido en ese ámbito de lo desconocido, celosamente preservado, lo cual le requiere un ejercicio de escucha no habitual que debe excluir todo juicio valorativo (Barbieri 1995:256).

Esta situación obliga al historiador que trabaja con documentos orales a ajustar su propia metodología al desarrollo, tanto emocional como intelectual, de su propio trabajo. Toda entrevista es un proceso de interacción social en el que ambos, entrevistador y entrevistado, mantienen un diálogo o conversación informal (Manzini 1990-91), que va estructurándose poco a poco a partir de la intención cuestionadora de uno y de la dinámica narrativa del otro.

En este juego intersubjetivo de la entrevista, el entrevistado tamiza su memoria de los hechos a través del *horizonte ideológico* propio, mientras el investigador, que escucha atentamente, realiza el mismo proceso a partir del suyo. Simultáneamente, el hablante aplica los conocimientos acumulados en su *enciclopedia personal* vital a los recuerdos que formula narrativamente, mientras el entrevistador escucha a partir de su propio fondo enciclopédico. De esta manera, la entrevista -el primer momento de creación del documento oral-, impregnada de ideología e historia personal, se reelaborará dialécticamente en cada interpretación o relectura.¹⁰

¹⁰ El concepto de horizonte ideológico está tomado de Mijail Bajtin y define el mundo de parámetros y valores ideológicos: "Todo argumento como tal (...) representa una fórmula de la vida refractada ideológicamente" (1994:61). Otras aplicaciones del mismo concepto y del de enciclopedia personal pueden buscarse en Foresti, Löfquist & Foresti (1999), especialmente en el capítulo I.

Como historiadora, cualquier relato de vida me brinda mucho más que una simple narración cronologizada de eventos. En principio, mi interés inicial no es el relato *en sí*: el relato se transforma en documento en cuanto aporta elementos significantes (fácticos o interpretativos) a mi estudio. En el ejemplo aquí planteado, mi aproximación al relato de vida de Juan Bruna (Foresti 1994) está marcada por mi interés en estudiar la historia del campesinado latinoamericano, en especial, el campesinado de los Andes Centromeridionales. El testimonio de Bruna me sirve, además, como pre-texto para la discusión metodológica ya que, en su evidente polisemia, es un documento cargado de significado y de sentido innegablemente históricos.

¿Quién es el informante?

Juan Bruna nace en 1911 en el valle del Choapa, norte de Chile. La última noticia biográfica que tenemos en el documento édito es su captura por las fuerzas policiales chilenas en 1973, a partir del cual pasa a integrar la lista de desaparecidos durante el régimen militar pinochetista.¹¹

Bruna es un trabajador de la pampa salitrera, campesino, calichero y minero, con la doble condición de obrero y dueño de la mina que este término implica en la historia económica chilena. Al mismo tiempo, Bruna es un poeta popular que recoge en su obra las tradiciones métricas populares sin actualizarlas y las plasma rítmicamente en versos que tratan de la realidad cotidiana del mundo campesino (Foresti 1994:11; ver también Nofal 1995).

Su historia personal se entreteje con la de la sindicalización del campesinado chileno, con las sucesivas y fallidas experiencias de reforma

¹¹ En noviembre y diciembre de 1997 intenté reconstruir la historia y el posible paradero de la familia de Juan Bruna en Chile, pero la búsqueda de sus familiares en distintas regiones del país resultó infructuosa. Agradezco especialmente la desinteresada colaboración de los equipos de investigadores del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Chile (Santiago) y del Museo de Arqueología de La Serena, cuyos esfuerzos y solidaridad (aunque vanos) valoro enormemente.

agraria, con la formación del Partido Comunista chileno en el campo y con la creciente concientización política de un proletariado rural chileno. Toda esta experiencia vital es plasmada en el recuento que el propio Bruna hace de la educación recibida: "Dos años de educación burguesa y cuarenta de sindicato" (Foresti 1994:1).

El relato de vida de Bruna: su significación como documento histórico

A pesar de que cada individuo posee en sí mismo su propio relato de vida (todos hemos contado alguna vez a alguien historias sobre nuestras experiencias y todos hemos formulado, al menos una vez, nuestro Yo en forma autobiográfica), el relato de Bruna no ha sido estructurado anteriormente a la entrevista. Es decir, Juan Bruna no es un personaje "público" hasta el momento de la entrevista, en el que estructura su narración a solicitud del entrevistador. Sin embargo, su fama regional como poeta popular es una variable a tener en cuenta al momento de discutir su representatividad social, incluso después de conocer que a partir de su elección como informante, Bruna se transformó en una especie de "celebridad" local.

En su introducción, Foresti explicita las exigencias internas del sujeto antes de la entrevista, las demandas y las expectativas previas y posteriores, tanto las del entrevistador mismo como las de Bruna. En esta presentación general del documento, Foresti delimita el contexto de producción del mismo (este relato ha sido producido a principios de la década de 1970 en medio de un trabajo de campo interdisciplinario), sitúa al informante en el contexto histórico chileno concomitante, y reseña la peregrinación azarosa del manuscrito original hasta su publicación, un poco más de dos décadas después de la entrevista original (1994:I-II y 1-11).

Aunque en un primer momento el rol de Foresti como entrevistador no está muy claro en la presentación del documento, y a pesar de que faltan las referencias de los métodos de entrevista y los criterios de selección para la transcripción, queda en claro desde un comienzo para el lector que el objetivo principal de esta edición es la publicación del documento

mismo. La tarea de edición ha sido extensa y está coronada por un glosario cuya marca textual no interrumpe el fluir de la narración.

El texto de Bruna se manifiesta a través de una conversación, en la cual uno de los participantes se mantiene al margen para no perturbar el relato de su interlocutor, ni siquiera con intervenciones aclaratorias. Foresti interpela y Bruna contesta, pero el rol de interrogador está implícitamente sugerido en el relato recogido. Su actitud es la de un profesional que edita fielmente un documento y aún cuando debe explicar las expresiones lingüísticas particulares del hablante, lo resuelve de manera tal que el texto original no pierde jamás su agilidad narrativa. En este mismo documento, escritura y oralidad se articulan en una permanente relación dialógica y dialéctica. Bruna es un protagonista histórico de la vida campesina chilena que verbaliza su experiencia de vida cotidiana a través de la expresión lírica. La *legitimidad* de su discurso está basada en "su" propia verdad histórica. Aunque Juan Bruna no sea una "voz colectiva", él es, solamente, una voz que se expresa a sí misma. Pero en esta expresión personal representa una experiencia histórica colectiva que, al enunciarse, ya constituye una transgresión a las reglas narrativas del discurso histórico tradicional (ver Medina 1994, Nofal 1995).

El relato de vida de Juan Bruna no es un relato heroico ni concluido, por lo tanto, no está consolidado hasta que se inicia la recepción por parte del lector, que aprecia la literalidad del mismo. La evidente superación de lo meramente biográfico está marcada por la intención primera del propio relator quien sabe que el destinatario de su discurso será un público mucho más amplio que el que le escucha en el momento de la entrevista. En realidad, Bruna está acostumbrado a utilizar sus poesías como discursos políticos y en ellas asume siempre la complejidad de una audiencia atenta. Cuando Bruna produce este relato de vida, lo hace desde la conciencia de que existe un público atento a su enunciación, ya no sólo de sus poesías, sino también de sus experiencias personales.

Desde el análisis histórico, la intencionalidad de Bruna en su propio relato es múltiple: por una parte, este relato ante el entrevistador también le sirve para plantear su crítica social (1994:67). Bruna utiliza la situación de entrevista como tribuna política, construyéndose a sí mismo en el relato como un agente político más activo y más lúcido que el resto de sus compañeros. Por otra parte, el relato oscila entre una enunciación

explícita de una épica colectiva -nunca personal- de la lucha política (1994:44c) y una permanente autocrítica a las fallas de los procesos de reforma y sindicalización agrarias (1994:55 y 65). Hay que destacar que, en su condición de dirigente gremial, su sujeción a las directivas del partido no le impide la práctica de un pragmatismo cotidiano, muy cercano a la sabiduría política.¹²

Cuando Bruna se construye como sujeto en el relato, se expresa a sí mismo como "excepcionalidad". Si Bruna deviene, entonces en "representativo" habrá que señalar cuidadosamente representativo de qué para la investigación histórica que nos ocupe. En su relato de vida la *vida vivida* se entreteje con la *vida contada* y con acontecimientos de la contemporaneidad de Chile, marcando indeleblemente de historicidad la narración.

Rüsen señala cuatro características del conocimiento histórico que deben poder rastrearse en cualquier tipo de fuente a utilizar (1998:324-325). Por supuesto, el relato de vida de Bruna no es una excepción: en primer lugar, se rastrea la *retroperspectiva*, es decir, cuando el acceso a la vivencia del pasado es determinado por proyecciones de futuro que tienden a atravesar el horizonte temporal de dicha vivencia. En el caso del documento en cuestión, esta característica está presente en tanto la narración transita multidireccionalmente a partir de hechos recientes hacia el pasado.

En segundo lugar, la *perspectiva* que amalgama los problemas prácticos que cada historiador debe resolver de acuerdo al estatus social de su profesión y a su concepción del significado histórico del pasado. En tal sentido, el relato de vida de Juan Bruna brinda abundantes elementos fácticos y significativos para las más diversas perspectivas, como la historia social, la microhistoria, la historia de género, la historia económica, e incluso la nueva historia política.

Como tercera característica se propone la *selectividad*, es decir, los criterios selectivos basados en normas y valores que identifican y

¹² Es curiosa la ausencia de referencias directas a familiares (mujeres e hijos) en el relato de Bruna, con la única excepción de una mención a su padre, aunque sólo por razones de filiación política (1994:24).

confieren significación histórica a determinados eventos. En el caso del relato de vida de Bruna se delinearán dos procesos selectivos: uno el del lector, quien se apropia de aquellos elementos significativos relevantes para su propia pesquisa histórica; y otro, del propio Bruna quien en su relato selecciona los eventos que le parecen históricamente imprescindibles para la comprensión de la historia agraria de Chile.

Finalmente, como cuarta característica, la *particularidad*, que se refiere a los procesos de creación y de adscripción de identidades a través de la apropiación de memorias colectivas. En el relato de vida de Bruna, esta particularidad está defendida a partir de pautas discursivas que señalan una diferenciación con otros sujetos históricos. La pluralidad de identidades y de dimensiones sociales de la realidad histórica chilena es potenciada por la mirada particular que el propio Bruna hace del pasado nacional.

En general, cuando Bruna habla, su palabra y su poesía generan imágenes históricas muy precisas. Color, luz, fuerza, razón, movimiento, son recursos narrativos que se desprenden de una lectura inicial de sus frases. Él consigue conjugar en sí el dominio del relato oral y el manejo literario del texto escrito. Como orador, es un testimonio vivo. Como poeta, un compositor popular. Como personaje, un documento histórico.

Observaciones a manera de conclusiones

A partir del análisis aquí expuesto, puede afirmarse sin temor que los documentos orales de segunda mano pueden ser utilizados para la consulta histórica, aunque sólo si se cuenta con la información de procedencia básica (cómo fueron obtenidos, por quién y en qué contexto político-cultural) y se aplican los procedimientos de crítica formal correspondientes a todo análisis histórico.

Aunque los historiadores modernos manejamos herramientas de crítica intratextual diversas, aún quedan problemas sin resolver. Uno de ellos, el problema de "leer" las prácticas sociales a partir de su huella textual, se revitaliza cuando el texto opera como el primer mediador entre sí mismo y dichas prácticas (cf. Medina 1998). El documento oral se re-significa ante nuestra mirada como ejercicio de mediación múltiple en las

diferentes etapas de producción, recepción y distribución del relato. Quizás ello requiera la formulación de una preceptiva metodológica específica para la consulta histórica de los relatos de vida y otros documentos orales, necesidad por el momento insatisfecha.

Por otra parte, relatos de vida como el de Juan Bruna nos confrontan con nuestro ejercicio profesional cotidiano, alertándonos los peligros de ciertos mecanismos automáticos de rotulación social. La perspectiva aquí propuesta brinda nuevas alternativas para comparar críticamente diferentes categorías y convenciones sociales a partir de los datos cualitativos contenidos en los relatos de vida.

El recurso a las fuentes orales, y en especial a los relatos de vida, con todas las salvedades y advertencias metodológicas del caso, además de recomendable, es urgente y necesario para la interpretación comprensiva de nuestra contemporaneidad histórica. Mediante este recurso, los conceptos de poder y de saber de desplazan, entonces, hacia espacios que, aunque mayoritarios, no son hegemónicos, rescatando el valor del individuo como actor participante del cambio social y como productor de testimonio histórico.

Referencias

Bajtin, Mijaíl (Pavel Nikolaievich Medvedev): 1994. *El método formal en los estudios literarios. Introducción crítica a una poética sociológica*. Madrid: Alianza.

Barbieri, Mirta: 1995. Los relatos de vida de las mujeres. La revalorización de los procedimientos biográficos en la construcción del conocimiento social. *Temas de Historia Oral, Primer Encuentro Nacional de Historia Oral. Selección*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Pp. 255-262.

Beverley, John 1987. Anatomía del testimonio. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima. Año XIII, 25:7-16.

Borinsky, Alicia: 1995. Humor y autobiografía. En *La situación autobiográfica*, J. Oribe (comp.). Buenos Aires: Corregidor. Pp. 213-219.

Bruner, E.M.: 1986. Experience and its Expressions. En *The Anthropology of Experience*, V.W. Turner & E. M. Bruner (eds). Chicago: University of Illinois Press. Pp. 3-30.

Eastmond, Marita: 1996. Luchar y sufrir – Stories of Life and Exile: Reflexions on the Ethnographic Process. *Ethnos*. Stockholm. Vol. 61, 3:231-250.

Ferrarotti, Franco: (1986) 1990. *La historia y lo cotidiano*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Foresti, C.; **Löfquist**, E. & **Foresti**, A.: 1999. *La narrativa chilena entre la Independencia y la Guerra del Pacífico (1810-1879)*. Vol I: 1810-1859. Santiago de Chile: Ed. Andrés Bello.

Foresti, Carlos (ed): 1994. *Juan Bruna. Calichero, poeta y campesino*. Göteborg: Instituto Iberoamericano, Universidad de Gotemburgo, Suecia.

Gil Villa, Fernando: 1998. Posestructuralismo e historia oral. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. Barcelona. Vol. 1, 19:117-126.

Glusberg, Jorge: 1995. La escritura de la memoria. En *La situación autobiográfica*, J. Oribe (comp.). Buenos Aires: Corregidor. Pp. 91-106.

Manzini, Eduardo J. 1990-1991. A entrevista na pesquisa social. *Didáctica*. São Paulo. 26/27:149-158.

May, Georges: 1979. *L'autobiographie*. Paris: PUF.

Medina, María Clara: 1993-1994. Primera aproximación al problema del sujeto en la historia oral: ¿quién elige a quién y por qué? *Anales*. Gotemburgo. 5-6:127-144.

Medina, María Clara: 1994. Juan Bruna: el personaje como documento histórico. En *Juan Bruna. Calichero, poeta y campesino*, C. Foresti (ed.), Göteborg: Instituto Iberoamericano, Universidad de Gotemburgo. Pp. III-VII.

Medina, María Clara: 1997. Autobiografía e historia: individuo, experiencia y relato testimonial. Departamento de Historia, Universidad de Gotemburgo. Ms. 25 pp.

Medina, María Clara: 1998. Danza y contradanza de los discursos y las prácticas: oralidad femenina y trabajo rural en Argentina. En *América Latina: ¿y las mujeres qué?*, M.C. Medina (ed). Serie Haina I. Gotemburgo: Red Haina/Instituto Iberoamericano, Universidad de Gotemburgo. Pp. 245-260.

Medina, María Clara: 1999. La memoria y la reconstrucción histórica. En prensa en *Revista de la Junta de Estudios Históricos*. Tucumán, Argentina.

Meyer, Eugenia: 1998. Deconstrucción de la memoria, construcción de la historia. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. Barcelona. Vol. 1, 19:127-135.

Mignolo, Walter: 1995. Escribir por mandato y para la emancipación (¿descolonización?): autobiografías de resistencia y resistencias a la autobiografía. En

La situación autobiográfica, J. Oribe (comp.). Buenos Aires: Corregidor. Pp. 173-187.

Nofal, Rossana: 1995. Las tensiones del testimonio: "Juan Bruna, calichero, poeta y campesino". *Actas. II JALLA Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana, Tucumán 1995*. Tomo II. Tucumán: UNT. Pp. 375-383.

Passerini, Luisa: (1982) 1991. Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo. En *La historia oral*, D. Schwarzstein (Selec.). Buenos Aires: CEAL. Pp. 142-172.

Portelli, Alessandro: 1981. On the peculiarities of oral history. *History Workshop*, Oxford (Gran Bretaña). 12:96-107.

Randall, Margaret 1992. ¿Qué es, y cómo se hace un testimonio? *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima. Año XVIII, 36:21-45.

Rüsen, Jörn: 1998. Narratividade e objetividade na Ciência Histórica. *Estudos Ibero-Americanos*. PUCRS. Vol. XXIV, 2:311-335.

Smolensky, Eleonora M.: 1995. Una vuelta de tuerca en el relato oral: de la objetividad a la subjetividad. *Temas de Historia Oral, Primer Encuentro Nacional de Historia Oral. Selección*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Pp. 59-67.